

HACIA UN DISCERNIMIENTO DE LA JERARQUIA SOBRE LOS MOVIMIENTOS COMUNITARIOS DE BASE ?

Luis Hernández Mart



En Europa las CEB han surgido en su mayoría al margen de las estructuras eclesiales tradicionales y sin el impulso de la jerarquía. Así lo reconocía para España el Cardenal Tarancón al tiempo que urgía a la Conferencia Episcopal Española, de la que era -Presidente-, a prestar mayor atención a esas comunidades. Esto da pie al Padre Hernández, Doctor en Teología Pastoral, para esta reflexión que tomamos de la revista española PROYECCION, enero-marzo 1980.

Una tensión que parece amenazar la unidad

Es harto conocida la tensión existente entre el actual movimiento de comunidades y grupos de base cristianos y la jerarquía eclesiástica, tensión que —en algunos casos— parece amenazar la unidad eclesial. Esta tensión no es de la misma naturaleza y grado en todos los ambientes comunitarios y jerárquicos; no abarca a todas las comunidades, aunque sí a la mayor parte de ellas, y por último, no afecta a toda la jerarquía, sino sólo a determinados sectores de ella y de distinta manera.

Ante este hecho, que con todo lo humano tiene sus luces y sus sombras, muchos nos preguntamos hoy en la Iglesia sobre la naturaleza del mismo y el tipo de comportamientos y relaciones que deberían darse entre estos dos sectores del Pueblo de Dios, para que ambos cooperasen en la clarificación del nuevo rostro que la Iglesia ha de mostrar al mundo nuevo, y sobre todo para que los dos trabajasen a una, y con la máxima eficacia, en la tarea evangelizadora encomendada a toda la Iglesia.

Que la Iglesia exige la unidad por su propia naturaleza no puede ponerse en duda. El vehemente deseo de Jesús es buena prueba de ello: «Que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn. 17, 10-23).

Pero es necesario distinguir dos tipos de unidad, al menos: la «teológica», por llamarle de alguna manera, y la «jurídica» u organizativa. Ambos tipos son muy distintos por su naturaleza, esencialidad, exigencias que comportan, importancia para el proyecto de Jesús de Nazaret, obligatoriedad...

La primera, la unidad teológica, se construye sobre el amor fraterno, la misión apostólica, la fe, la Palabra, los sacramentos... La segunda, jurídica u organizativa, se basa en la necesidad que tiene todo tipo de asociación humana de unas normas adecuadas para su funcionamiento correcto.

La unidad teológica proviene de Jesucristo, Piedra Angular y en definitiva es exigencia de la unidad que se da en DIOS-AMOR. La unidad jurídica tiene su fuente en el Derecho y en la necesidad organizativa del Pueblo de Dios; debe ser siempre tributaria de la Misión. La primera es sustancial y, correctamente entendida, invariable; la segunda, importante y cambiante.

No pocas veces por la peculiar forma histórica de la Iglesia actual, la unidad teológica y la jurídica, en sus aplicaciones concretas a la vida de las comunidades cristianas determinadas, se entrelazan en tal grado y manera, que resulta muy difícil distinguir con claridad donde termina una y donde comienza otra. Aquí hay un campo de interés para el «discernimiento» que los obispos han de hacer y también, como no, para el discernimiento que han de realizar los movimientos comunitarios de base.

El «Mea Culpa» de la Jerarquía Eclesiástica

Opino que, si el sector jerárquico quiere buscar ya el diálogo sincero con los movimientos comunitarios de base, tiene que ser humilde y tener en el corazón y a flor de labios un «mea culpa».

Creo que quienes formamos el sector jerárquico de la Iglesia debemos reconocer que, con el correr de los siglos y nuestra miseria humana, hemos construido, organizado, estructurado y reestructurado jurídicamente la Iglesia tan a la imagen y semejanza de otras sociedades humanas, que resulta difícil distinguirla de las otras sociedades civiles o religiosas, y mucho más aún per-

cibir en ella la nueva comunidad de salvación, que quiso crear entre los hombres Jesús, el Cristo. Esto es denunciabile.

Los miembros del llamado «sector jerárquico» del Pueblo de Dios, durante demasiados siglos, hemos hecho, arrasado y construido a nuestro parecer en dicho Pueblo, dando a entender con nuestro comportamiento que nosotros, la exigua minoría, éramos la Iglesia, y que los otros, la inmensa mayoría, eran vulgares cristianos muy de tercera categoría. También esto es denunciabile.

Nosotros, la jerarquía, hemos construido una organización social compleja en la Iglesia, en la que todavía ocupamos puestos —primeros puestos— de honor humano; hemos levantado murallas y cavado fosos de estructuras, tras los que todavía vivimos parapetados y afincados en los privilegios que nos hemos autoconcedido; nos hemos rodeado de protectoras alambradas pseudo-religiosas de tal categoría que las creadas por los fariseos del tiempo de Jesús —y por El duramente denunciadas (Mt. 23,4 s)— resultan insignificantes en su comparación. Este comportamiento también es denunciabile.

Nosotros, como cuerpo jerárquico, hemos vivido lejos, muy lejos y distantes, y en una sociedad «perfecta»; ni cercanos al hombre de los barrios, ni cálidos con los creyentes de a pie; ni en comunidad real con grupos concretos del pueblo. Llamados por Jesús para un servicio cercano, a su estilo (Mt. 20,28) nos hemos convertido en señores lejanos. El siervo, el que nos ha servido y en parte aún nos sirve, es el pueblo; ese pueblo que alimenta a los actuales movimientos comunitarios eclesiales.

Fuimos y aún somos demasiado poderosos, fuertes; vivimos en la seguridad de una estructura que nos defiende y protege y por eso la seguimos, quizá, defendiendo a ultranza; ellos, los grupos y comunidades que están dando un nuevo rostro a la Iglesia, han vivido y viven sin derechos reconocidos, a la intemperie, sin estructura protectora, débiles.

Nosotros, el grupo jerárquico en general, entendemos y aplicamos las leyes con precisión de piadoso y docto fariseo, pero en nuestras vidas los movimientos cristianos de base no adivinan con facilidad el estilo del Sermón de la Montaña. Desde abajo, desde el pueblo, parece que en nuestro corazón ha instalado su trono la norma, la ley, pero que se nos ha olvidado que el amor existe. Todo esto es denunciabile. Y todo esto no es todo. Y todo esto lo sabe ese pueblo de Dios que, un tanto huérfano de la jerarquía, intenta vivir el Evangelio de Jesús, desde las comunidades y grupos a que se refería el Presidente de la Conferencia Episcopal Española.

Por eso, si la Asamblea Plenaria del Episcopado decidiese buscar el diálogo con los llamados movimientos cristianos de base, y ejercer respecto a ellos su misión de discernimiento, creo tendría que eliminar de su actuación todo talante de santón inquisitorial, que impediría todo diálogo; y presentarse con la humildad del pecador y la mansedumbre a la que anima Jesús de Nazaret. (Mt. 11,29).

La denuncia profética desde la base del pueblo de Dios

La marcha de la Historia, la evolución de la Iglesia, la fuerza del Espíritu . . . han ido promocionando la base del Pueblo de Dios, que en sus sectores más sensibles ha tomado conciencia de las exigencias de su vocación cristiana, de su derecho a la corresponsabilidad, de su deber de contribuir con su esfuerzo a la renovación de la Iglesia, para que sea respuesta adecuada a las necesidades de salvación del mundo nuevo.

Estos sectores, más concientizados, no han encontrado en la Iglesia-sociedad la comunidad de Jesucristo que ellos buscan con sinceridad. En medio de sus intrincadas estructuras humanas no han hallado el Espíritu del Evangelio, al menos en el grado que ellos desean. En los signos y realidad de poder, riqueza, honor, autosuficiencia e instalación de amplios sectores de quienes pertenecemos a la jerarquía eclesiástica no percibieron el olor a las Bienaventuranzas. En el frío juridicismo que regula muchos aspectos de las relaciones eclesiásticas no hallaron el amor del Mandamiento Nuevo. Y en el peso insoporrible del fardo de los innumerables preceptos y leyes, mandamientos, normas y cánones de «Organización» no encontraron el «Yugo ligero» de Jesús de Nazaret (Mt. 11,30) por lo que, siguiendo el consejo de Pablo: «no os dejéis de nuevo atar al yugo de la esclavitud» (Gal. 5,1) lanzan dicho fardo por la borda, con fuerza, lejos de sí.

Y este sector de cristianos concientizados, con agudo sentido de corresponsabilidad en la Iglesia, ha creado miles y miles de comunidades, dentro, en la frontera, más o menos al margen de la estructura humana de la Institución, donde se esfuerzan por vivir comunitariamente, dando testimonio de su fe en Cristo resucitado, luchando por cumplir el Mandamiento Nuevo, buscando el estilo de las Bienaventuranzas, comprometiéndose, como cristianos, en el proceso de la liberación integral del hombre actual.

Estos grupos, en sí mismos, son una denuncia profética contra aspectos de la Iglesia-Institución, que no se adaptan a las exigencias del Evangelio.

Schillebeeckx lo expresa así!

«Este fenómeno de las pequeñas comunidades constituye una seria advertencia a las Iglesias oficiales . . . es una advertencia muy seria del Espíritu de Dios a la Iglesia . . . es imposible negarle a este movimiento, en su conjunto, el carácter de repulsa profética» (1).

Roger Mehl, tratando de los «grupos espontáneos» o «informales» en la Iglesia, desde el punto de vista de la Reforma protestante, nos dice que uno de los méritos de tales grupos es:

«ponernos en guardia contra toda clase de eclesiología, es decir, contra toda forma de absolutización de formas destinadas a expresar en la historia la realidad de la Iglesia como cuerpo» (2).

Estos grupos y movimientos comunitarios que por regla general, no rompen la unidad «teológica», golpean conscientemente con su protesta vital los puentes de la unidad «jurídica» u organizativa. Estas comunidades cristianas, que no están contra los «sucesores de los Apóstoles», denuncian comportamientos, hechos y actividades de los miembros del sector jerárquico que no están en consecuencia con el Evangelio. Estos movimientos de grupos cristianos de base constituyen una respuesta:

«a acciones intolerables: burocracia excesiva, trabas administrativas, concentración abusiva de la autoridad, persecución doctrinal de las hecicherías, control minucioso de las experiencias. Si hoy día viviera San Pablo, se vería obligado, seguramente, a unirse a la Iglesia subterránea, a fin de poder llevar a cabo las peligrosas innovaciones que hizo en su tiempo (3).

A través de estos movimientos se va entreviendo para el futuro una Iglesia menos «Institución» y pirámide jerárquica y mucho más comunidad de comunidades y Pueblo de Dios. Esta «repulsa profética» no nace en general, a mi juicio, del espíritu de la carne; es condición necesaria para que la voz del Espíritu y la llama de la necesaria renovación de la Iglesia no se apague.

(1) SCHILLEBEECKX, E.: *La misión de la Iglesia* (Sígueme, Sal. 71, p. 515 s.)

(2) MEHL, R.: *Los grupos informales en la Iglesia. Un punto de vista protestante* (En: «Los grupos informales en la Iglesia», Varios, Sígueme, Sal. 75, p. 234).

(3) Cit. por FRESQUET, H.: *Una Iglesia en trágica situación* (Desclée, Bil. 70, p. 102).

Jerarquía y movimientos comunitarios de base

La Iglesia, en primer lugar, no es una sociedad, una organización, una jerarquía. La jerarquía eclesiástica no es la Iglesia; es una parte de ella y sólo existe como servicio al todo: dando forma y consistencia al Pueblo de Dios. La jerarquía debe preocuparse de que la Iglesia exista y de que sea la verdadera Iglesia de Cristo, pero no debe pretender sustituir a la Iglesia. De cara a las comunidades cristianas básicas —que también son Iglesia— opino que la jerarquía debe tener en cuenta la afirmación de Congar: «los pequeños grupos significan un enriquecimiento para la Iglesia y deben ser aceptados» (4). Esta actitud positiva me parece necesaria de cara a iniciar el diálogo entre la jerarquía y los movimientos comunitarios de base.

Los componentes de la jerarquía en la Iglesia hemos de ser conscientes del fenómeno que Toffler detecta en el mundo actual, y al que llama: «el derrumbamiento de la jerarquía». Se refiere a esa «jerarquía burocrática» que separa a los que «toman decisiones de los que se limitan a cumplirlas», jerarquía que está siendo «alterada, derrumbada o quebrantada» (5).

«Corresponsabilidad» en la Iglesia es ya mucho más que una simple palabra, es un deber y un derecho de cada miembro del Pueblo de Dios, que se ha concientizado en amplios sectores del mismo. La jerarquía no puede aspirar a continuar siendo el único cerebro en la Iglesia —el que toma decisiones y el resto, es decir, la inmensa mayoría, sólo «manos autómatas» que ejecutan las decisiones. Las figuras de señor y siervo, poder y sumisión, no tienen cabida en la Iglesia del que vino a servir. La responsabilidad ha de estar más y mejor compartida. En los movimientos comunitarios cristianos también está el Espíritu señalando pistas a la Iglesia; ahí también debe ser escuchado y obedecido. Reconocer este hecho es una sensata actitud de cara al diálogo entre jerarquía y el mundo de los grupos de base.

Estimo que, para la jerarquía, la preocupación mayor de cara a los movimientos comunitarios no debe ser lograr a toda costa una actitud de obediencia ciega y disciplinada a la «jefatura», sino buscar caminos de cooperación sincera, para trabajar todos juntos en forma creadora y corresponsable por el Reino de Dios. Para esto hace falta un nuevo estilo de relaciones en la Iglesia, donde las personas y grupos de creyentes tengan más valor, de modo que sea posible en ella el ejercicio de la obediencia al Espíritu en una

(4) CONGAR, Y. M.: *Estructuras esenciales para el futuro de la Iglesia* (Concilium, n. 70, p. 304).

(5) TOFFIER, A.: *El shock del futuro* (Plaza y Janés, Bna. 73, p. 173 s.).

estructura eficaz de diálogo, en «una estructura participativa de grupos en cadena» (6).

En el amplio y peculiar mundo de las pequeñas comunidades siempre habrá desviaciones, ambigüedades, errores; es inevitable, pues va anejo a una vida joven y desbordante y a la tarea de abrir caminos nuevos al Evangelio. Muchos en la Iglesia de hoy preferimos una Iglesia con defectos y aun errores, pero viva y testificadora, a una Iglesia limpia como lápida sepulcral, pero muerta y antitestimonio. Es deber de toda la Iglesia —y de un modo especial del servicio jerárquico de la misma— estar atentos a esos aspectos negativos, pero con paz y estilo elegante alejado del espíritu inquisitorial, para evitar en lo posible el mal que pudieran causar. Pero teniendo muy presentes las palabras del Señor: «sácate antes la viga que tienes en tu ojo...» (Lc. 6,42) porque en nosotros, la jerarquía, también se dan desviaciones, ambigüedades y errores.

Opino que los obispos y sacerdotes comprenderíamos mucho mejor a las pequeñas comunidades, de que hablamos aquí, si formásemos parte de una de ellas, de modo pleno y comprometido. A partir de esa experiencia, la Iglesia, la jerarquía y su papel en ella, y los movimientos eclesiales comunitarios de base se perciben y comprenden más en profundidad y desde otra óptica, para mí más evangélica. Especialmente el obispo, además de su pertenencia a una comunidad concreta y viva, opino debería mantener contacto con otras muchas comunidades y grupos cristianos de base, que no pertenezcan a una misma línea o movimiento: escuchando, dialogando, proporcionando luz con su vida y palabra, creando y fortaleciendo la unidad. Todo ello en un clima de libertad cristiana, no de control. Pues «cuando la jerarquía coordina estas fraternidades para controlarlas mejor, no hace otra cosa que acelerar su envejecimiento» (7), domesticarlas, castrarlas. Y este tipo de comunidades necesita vivir en un clima de gran libertad cristiana, para mantenerse eminentemente creativas, tanto en su vida interna como en la presentación del Mensaje a los hombres de su entorno.

Los grupos y comunidades de base han nacido en la Iglesia, se saben Iglesia y «quieren ser ramas del tronco de la Iglesia» dice González de Cardedal. Y añade: «grave responsabilidad de esta si le niega su maternidad» (8). La jerarquía debería aceptar lo que la experiencia confirma: que la existencia de muchas comunidades vivas en la base es necesaria para ejercer vitalmente el servicio jerárquico. Si las células básicas languidecen, el ejercicio de la autoridad se

(6) DUCOS, M.: *Gobierno y eficacia de la Iglesia* (Verbo Divino, Estella, 72, p. 102 s.).

(7) LEGAUT, M.: *Pasado y... ¿porvenir del cristianismo?* (Verbo Divino, Estella, 72, p. 400).

(8) GONZALEZ DE CARDEDAL, O.: *Elogio de la Encina* (Sígueme, Sal. 73, p. 359).

hace burocrático, frío, rígido, ineficaz, a veces, bajo formas falsamente pletóricas y de mentirosa teatralidad.

Sólo con unas comunidades de base vigorosas, la autoridad es servicio sano y dinámico, en su función de orientación, iluminación y coordinación general, con un gran respeto a la vida que difunde el Espíritu de Dios en los grupos de base de la Iglesia española de hoy.

Se suele decir que «la jerarquía no bautiza, sólo confirma». Pero confirmar equivale a fortalecer, animar, lanzar al combate . . . no mirar el espíritu, pusilanimizar, castrar. Me parece que todo esto, quizá podrían tenerlo en cuenta los obispos, si estiman que ya ha llegado el momento de iniciar el diálogo y ejercer su «misión clarísima de discernimiento» —como dice el Presidente de la Conferencia Episcopal— con respecto a los Movimientos cristianos de base de la España de hoy.

Movimientos cristianos comunitarios de base y jerarquía

Los cuatro grandes bloques comunitarios: neocafecumenales, populares, carismáticos y eclesiales (9) se encuentran y saben insertos en la comunión jerárquica, dentro de talantes y grados distintos.

Algunas comunidades corren el riesgo de absolutizar su carácter informal —que sólo tiene valor provisional— como crítica de una jerarquía esclerotizada, y ceder al mito que ve en la institución, y especialmente en el sector jerárquico, el equivalente permanente de la opresión y la fuente principal de alienación.

Es evidente que muchísimos de los grupos cristianos de base se encuentran incómodos en la Iglesia institución. Sus estructuras avejadas y desfasados juridicismos los ahogan. Pero no optan por marcharse de la Iglesia para transformarla desde fuera. Están de acuerdo con H. Küng, cuando dice:

«Es precisamente durante la tempestad, precisamente, cuando las dificultades adoptan proporciones gigantescas y que la situación no parece tener salida, cuando el barco está a merced de las olas, cuando es preciso que *permanezcamos* en él con toda la lealtad y que *rememos* todos juntos.

(9) FLORISTAN. C.: *Modelos de comunidades cristianas* (Sal Terrae, nos. 1 y 2, 1979).

Es en el barco donde hay que intentar consolidar lo que se mueve, tapar las brechas, volver a situar en la buena dirección, indicada anticipadamente por el Señor, la nave batida por vientos diversos y ponerla de nuevo a flote (10).

Nuestros grupos cristianos, separados de la Iglesia visible y jerárquica no tienen sentido, nada significan. Ellos trabajan por la renovación de la Iglesia desde dentro, permaneciendo en su seno y no es fácil sacarlos de ella, entre otras cosas, porque ellos también son ella. Ningún movimiento de grupos cristianos puede llenarse de arrogancia para decir de otro movimiento, sector o grupo eclesial lo que el fariseo decía del publicano (Lc. 18, 10-14), pues todos en la Iglesia nos sabemos salvados, pero pecadores.

Pero permanecer en la Iglesia no quiere decir claudicar, abandonando caminos evangélicos de renovación, duramente andados; ni perder la libertad que Cristo nos ha ganado (Gal. 5,1.) a sabiendas de que «dejándose llevar por el Espíritu no estamos sometidos a la Ley» (Gal. 5,18) Permanecer en la Iglesia y en diálogo con la jerarquía —si ésta a nivel global comienza a buscarlo— supone para los movimientos cristianos de base vivir, en ella, la vocación profética que clama frente a toda estructura deshumanizante, frente a toda casta o grupo opresor o antievangélico.

Vivir en comunión con la jerarquía no equivale a pactar con lo que en ella haya de pecado, pero supone escucharla, no cerrarse nunca al diálogo, estar dispuesto a la colaboración, reconocer que también el Espíritu se muestra a través de ella, respetar y amar a las personas, y aceptar, que ella —la jerarquía— es signo e instrumento de unidad.

Vivir en comunión con la jerarquía exige capacidad de comprensión profunda y de discernimiento en el Espíritu, para poder distinguir entre lo esencial y lo accidental en el campo de la comunión eclesial; supone madurez de espíritu a nivel personal y comunitario, para no dejarse llevar por caprichosas novedades; pide responsabilidad para sentirse y vivir como Iglesia de Jesús.

Vivir en comunión la Iglesia, supone la humildad de reconocer que este tesoro de la unidad, todos —la jerarquía y los movimientos cristianos de base— «lo llevamos en vasija de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros» (II Cor. 4,7).

(10) Cit. por DUQUESNE, J.: *Mañana ¿una Iglesia sin clérigos?* Península, Bna. 69, p. 169).